

## CAPITULO XVII.

### El viaje.

En el sitio mas árido de México, pasada la ancha y arenosa plazuela de S. Lázaro, á un lado del lúgubre y aislado hospital que lleva este nombre, se encuentra el estrecho canal que desemboca en la pintoresca laguna de Texcoco.

Al lado de algunas canoas tragineras, llenas de gente y de carga, dispuestas á emprender su marcha, se vé un ligero y largo bote primorosamente pintado, ostentando en su centro, entre la proa destinada á ocho indios remeros, que en mangas de camisa y con el remo en la mano esperan el instante de empezar á remar, y la popà del ti-

monel, una salita perfectamente cubierta, provista de ventanas á los costados, y adornada de asientos cómodos y decentes.

A distancia regular, y junto á un portal con columnas, donde están los encargados de vigilar aquella puerta de la capital, se vé un coche con las cortinas echadas, dentro del cual permanece una hermosa mujer con la vista fija en el bote, como en espera de alguno.

Muy cerca del estribo se vé á un hombre de aspecto severo, con un leviton color de haba, abrochado hasta el pescuezo, que de vez en cuando se dirige á la portezuela del carruaje para decir en secreto algunas palabras á la que dentro se encuentra.

Son las ocho y media de la mañana.

Multitud de pasajeros indios, cargando en canastas y *tompeates* (1) el almuerzo, y algunas frioleras y encargos, cruzan la arenosa plazuela á paso veloz para llegar á buena hora al embarcadero.

Cada patron de canoa traginera les invita á que pasen á su embarcacion, colocan

(1) Especie de talego hecho de palma.

lo que llevan en un sitio á propósito, y los pasajeros, por ser el techo de las canoas sumamente bajo, penetran agachándose, en un local incómodo, donde, no bastando los asientos de los lados, se acomodan en el suelo, prensando las rodillas de los unos, y sirviendo de alfombra á los plés de los que no encuentran sitio donde colocarlos.

Solo el bote permanecía sin pasajeros.

El que lo tenia á su cargo habia rehusado recibir á varios que lo habian solicitado, asegurando que lo tenia tomado por entero una familia á quien esperaba para llevarla á Texcoco.

En aquel momento se acercó á él un jóven de hermosa figura y finos y distinguidos modales, montado en un arrogante caballo, con el airoso traje que usan los mexicanos cuando cabalgan.

La mujer que se encontraba en el coche, y que observaba detras de la cortina, se estremeció y se puso pálida.

El hombre del leviton abrochado, que habia permanecido próximo al estribo del earruaje, se acercó á la portezuela, y dirigió

una mirada de inteligencia á la hermosa que tenia fijos los ojos en el ginete.

El jóven que montaba, bien ageno de pensar que era el blanco de las miradas de dos personas, que él no veía, hizo en alta voz al encargado de la canoa estas preguntas, que recogió con afan y temblando, la mujer que le observaba.

—¿Es este el bote que va á salir para Texcoco?

—Sí, señor; dentro de un cuarto de hora.

—¿Y va solo?

—No señor; va con una familia que debe llegar de un momento á otro.

—¿Y qué familia es esa?

—La del señor D. Emilio Landeta.

—¿Y va tambien su hija, la señorita Clotilde?

—Precisamente: como que segun tengo entendido, el viaje no se hace con otro objeto que con el de hacerle cambiar de temperatura para que recobre su salud.

—Muy bien: vd. disimule mis preguntas.

—No hay de qué, caballero.

—Hasta luego.

—Adios, caballero.

Y el jinete arrimó las espuelas á su caballo, y se alejó como á cuarenta pasos del bote, quedando á la vista del coche, pero sin fijar la atencion en él ni en las personas que le observaban.

—¿Está vd. convencida, hermosa Adela, de que le olvida á vd. Nuñez, por la bella protegida de D. Emilio?

Dijo el hombre del leviton á la mujer del carruaje.

—Sí, doctor:—contestó con tristeza la hermosa.—Pero no habia necesidad de que se hubiese vd. empeñado en que me conveniera.

—Sí; porque esa es la manera de que la razon triunfe, y deje vd. de padecer por un hombre que no sabe apreciar en todo su valor las virtudes y hermosura de un ángel como vd.

—Dios lo ha dispuesto así.

—Estaba persuadido de que no dejaria de seguirla en este viaje, y por eso formé empeño en que viniese vd. en coche á tocar el desengaño de su falsía. Yo le hubiera

acompañado á vd.; pero no insistí en mi deseo de venir en el carruaje, por respetar la voluntad de vd., que quiso venir sola para evitar murmuraciones.

Durante este diálogo, Nuñez, colocado en el ancho espacio que mediaba entre el bote y el coche, permanecía quieto en su caballo, con los ojos fijos en la plazuela por donde debia llegar la hermosa Clotilde.

Se habia propuesto esperar hasta verla embarcarse con los que le acompañaban, dudando aún de que saliese de la capital.

La infeliz Soledad, dominada por el sentimiento del amor, miraba de hito en hito y con los ojos bañados en lágrimas, al hombre con quien soñó ser feliz por toda una eternidad.

Le juzgaba ingrato y perjuro; le veía esperando á la mujer por quien le olvidaba; y sin embargo, su corazon latia por él, y le perdonaba.

Y era que en el pecho de aquella mujer no cabia otro sentimiento que el del amor.

Llamaba á la razon en su auxilio para arrojar del alma el afecto mas tierno que

embellece la aurora de la vida, y la razón era impotente para alcanzar el triunfo que buscaba, y que tal vez temía conseguir.

Creía advertir en la fisonomía de su amante un tinte de melancolía tan espiritual y profundo, que argüía, en su concepto, contra el placer, la impaciencia y la alegría con que se espera á la mujer que se ama.

Tenia mil pruebas de la indiferencia de su ingrato Nuñez; pero á la triste creencia de su olvido se asociaba siempre esa vaga esperanza, esa dulce duda que alimenta el alma de los amantes que entretienen su pena, halagando con efímeras ilusiones los bellos deseos que atesoran.

¡Es tan triste soñar con un mundo de inagotables placeres, donde las rápidas horas agitan sus doradas alas cruzando los ilimitados horizontes de la felicidad y del amor, y despertar en el árido y profundo abismo del desengaño y del dolor!

Soledad amaba con toda la fuerza, con toda la intensidad, con toda la plenitud con que ama un alma virginal por la primera vez; con ese amor espiritual, tierno, subli-

me, que embalsama la existencia, inundándola de inefables y dulces deleites, como embalsama y vivifica el límpido rocío impregnado con la perfumada atmósfera que envuelve un cultivado jardín, el tierno capullo de la cándida azucena, que amorosa abre su cáliz para recibir en su seno las transparentes gotas que van á formar una parte de sí misma.

El corazón de aquella mujer era un terreno vírgen y fecundo donde había echado hondas raíces la semilla del amor; y no podía menos de acariciar con tierno y púdico cariño las risueñas ilusiones, hojas bellísimas de la flor de la esperanza, radicada en el recóndito sagrario de su amoroso seno.

Amaba, y no podía menos de acoger con benévola sonrisa las halagadoras ficciones que se complacía en presentarle su fecunda fantasía, filtrando en su sensible corazón un rayo de fe que le hacía entrever, débil, pero agradablemente, un sincero y compasivo arrepentimiento en su amante, volviendo á su lado, mas tierno, mas rendido y mas amoroso que antes.

Mientras cruzaban por su mente estos pensamientos, era feliz.

Sabia que todo era una ilusion, un sueño.... Pero ¿qué cosa agradable y seductora de las que rodean al hombre fascinándole con su brillante y seductor colorido, no es sueño é ilusion en la vida?

Veía de nuevo á aquel sér de gallardas formas, de insinuante voz, y de singular presencia, que le habia hecho presentir en otro tiempo una vida no interrumpida de goces celestiales; á aquel sér que ejercia sobre ella una influencia irresistible, dulce y poderosa como la luz del sol sobre las plantas; y aunque convencida interiormente de que su esperanza desapareceria como la efímera felicidad de un sueño, no podia resignarse á renunciar á las bellísimas quimeras que engañaban y entretenian la severa esencia de la realidad.

Núñez continuaba á caballo; pero quieto en un sitio, fijos siempre los ojos en la plazuela por donde esperaba que llegasen Clotilde y su familia.

Puesto el codo del brazo derecho sobre

la cabeza de la silla, y apoyada la barba en la mano, permanecia en actitud melancólica, consagrando su pensamiento á la mujer que amaba, cuya memoria le acompañaba á todas partes como el aroma á las flores; y bien ageno de pensar que á distancia de pocas varas de él se encontraba el bien que mas amaba sobre la tierra, á quien buscaba por todas partes, á quien no habia olvidado un solo momento, y por quien hubiera dado la vida.

Este es el mundo; corre el hombre lleno de ardoroso afán á lejanos climas en busca de la felicidad; y preocupado con su dominante idea, marcha con la mente y con la vista fijas en el risueño horizonte de las ilusiones, sin parar la atencion en los objetos que á su lado tiene, y entre los cuales se halla tal vez el bien que anhela, alejándose tanto mas de él, cuanto mas corre en su busca y sueña en encontrarle.

Un coche que se acercaba por la ancha plazuela de S. Lázaro, llamó la atencion de Núñez, que dejando su actitud melancólica, se sentó gallardamente en la silla.

El carruaje, tirado por dos arrogantes caballos, llegó al embarcadero.

Poco despues desmontaba de él un caballero que se quedó en la portezuela para dar la mano á una señora que bajaba tras él.

Era Landeta.

Soledad se acercó al vidrio de la portezuela de su carruaje para poder ver á la que juzgaba su rival.

La mujer que se presentó era hermosa; pero conjeturó que no era la que anhelaba conocer, porque ni su edad ni sus facciones, aunque jóven aún y hermosa, correspondian á la filiacion que Willey le habia hecho de la expósita.

Y en efecto, aquella señora era Inés; la hermana de Landeta.

Este último volvió á alargar el brazo para dar la mano á otra persona que se disponia á bajar.

Soledad fijó otra vez la vista, y á poco vió descender del coche, despacio y con bastante dificultad, á una bellísima jóven de fisonomía interesante y pálida por los

padecimientos, pero dulce y tierna como el blanco lirio de los valles.

Soledad reconoció en el instante en aquella hermosa, á la jóven que vió en el concierto, y á quien si creyó, por un instante, amada por Nuñez, despues imaginó lo contrario viendo que éste se retiró de la reunion jurando fidelidad á la mujer que impedaba en su alma.

Pero ahora que le habia visto esperándola; ahora que le veía á su lado contemplándola sin cesar, no dudó ya de que Clotilde era quien le robaba el cariño del hombre que debió unirse á ella, y que el haberse ausentado del concierto, reconoceria sin duda alguna órden recibida de la hermosa á quien anhelaba complacer.

Este pensamiento, que en ella era como una verdad evidente, le hizo sufrir horriblemente; y anhelando apurar hasta las heces la copa del desengaño, casi al mismo tiempo que tenia fijos los ojos en la hermosa que bajaba del coche, los dirigió á Nuñez, que hizo un movimiento de satisfaccion al ver á Clotilde que descendia del carruaje.

Soledad tradujo aquel movimiento de placer, por satisfaccion de amor, y sintió en su pecho una opresion mortal.

—¡No hay duda.... es ella.... es mi rival! ¡la dichosa rival que posee el amor que fué en un tiempo mio! ¡Es muy hermosa.... sí, muy hermosa! ¡mas hermosa que yo! ¡Ella me ha robado el corazon del hombre que era el encanto de mi vida! ¡el ensueño constante de mi felicidad.... el centro de atraccion en que giraban todos mis deseos, todas mis aspiraciones.... todas mis esperanzas! ¡Y sin embargo, yo no siento ódio ni rencor hácia esa mujer que me arrebató de un golpe las ilusiones todas de mi vida! ¡No; yo no la aborrezco! ¡Qué culpa tiene ella de que Nuñez me haya abandonado al verla rodeada de celestiales atractivos! ¡Qué culpa tiene ella de que en mí no haya en contrado mi perjuro amante todos los encantos, todo el atractivo, el indisputable mérito con que la naturaleza ha dotado con prodigalidad á la que hoy cautiva su alma y sus sentidos!

Y la hermosa Soledad se enjugó las lá-

grimas que arrancaban la tristeza, la ternura, el dolor y el sentimiento.

Entre tanto Clotilde, conducida por Landeta, y seguida de la compasiva Inés, se dirigió al bote.

Wiley se aproximó á la portezuela del carruaje en que estaba Soledad, y le dijo:

—¿Está vd. convencida de la infidelidad de Nuñez?

—Sí, doctor. — Contestó con ahogado acento y secándose el llanto, la desgraciada jóven.

—¿Y es digno del cariño de vd., del amor de un ángel, el hombre que envenena y desgarrar con su olvido y su desprecio, el tierno corazon de una inocente y caudorosa niña?

—No; de ninguna manera.... ¡conozco que le debo olvidar.... que debo arrancar para siempre de mi pecho su memoria!

—Esa resolucion es digna de un corazon virtuoso como el de vd. Adios, hermosa Adela. A mí solo me esperan para emprender el viaje: marche vd., y mañana estaré

de vuelta para admirarla, consolarla, y decirle cuanto ocurra entre Clotilde y su rendido amante Nuñez, que sin duda la seguirá á Texcoco.

Soledad alargó su blanca y trémula mano á Willey para despedirse de él.

En aquel instante llegaba otro coche al embarcadero.

Un hombre bajó de él y penetró en la canoa, donde fué recibido por Landeta con las demostraciones mas íntimas de afecto, y con un saludo, de pura política, de parte de Inés y de Clotilde.

Aquel hombre era Duval.

Nuñez se estremeció de indignacion al verle, y en su rostro se dejó ver un gesto de disgusto.

Aquel malvado era el rival de su amigo Leopoldo y el verdugo de la honra de su padre.

Nuñez conocía que aquel viaje era invencion de Duval para alejar á Clotilde del lado de Leopoldo, y aunque estaba convencido de que con una palabra suya podia

destruirle y salvar á su amigo, se detenía ante la consideracion de que la acusacion contra aquel malvado, seria la sentencia de muerte de Ricardo, del amante de Inés, del padre de Clotilde, si acaso eran ciertas las palabras de Duval.

Nuñez enmudeció ante aquella consideracion, y esperó, como habia esperado hasta entonces, una ocasion favorable para revelar aquel secreto, que no se habia atrevido á confiar ni al mismo Leopoldo, temiendo una imprudencia.

El doctor que habia visto llegar á Duval, volvió á dirijir algunas palabras á la afligida Soledad, acarició entre sus manos la que la jóven le tendia con gratitud, y se dirigió hácia el bote.

Los remeros tomaron en sus robustas manos los remos, y el bote empezó á deslizarse suavemente.

Nuñez, montado en su caballo, permanecia en el mismo sitio, fija la vista en los viajeros.

Soledad le envió, al través de los cristales del coche, una mirada; y al ver que no



apartaba los ojos de la hermosa Clotilde, que iba sentada en el primer asiento de popa, mientras para ella no tenia ni un recuerdo, exhaló un suspiro, y dió orden al cochero de que la condujese á casa.

El cochero azotó á sus mulas, y el coche dió vuelta con direccion á la ciudad.

Soledad volvió aún los ojos hácia el embarcadero, y vió á Nuñez que permanecia en la misma postura, fija su mirada en el rumbo que llevaba Clotilde.

La jóven se sintió inundada de una tristeza mortal, y sintió que se agolpaban á sus ojos las lágrimas, arrancadas por el sentimiento que causa la ingratitud del sér que se ama.

Sin embargo, aun quiso ver por la última vez al hombre que juzgaba infiel; pero el coche se encontraba ya á larga distancia, y no alcanzó su anhelo.

—¿La seguirá á Texcoco, ó volverá á la capital dentro de un instante?

Pensó Soledad.

Y como si de lo segundo dependiese su tranquilidad y su ventura, aun volvió á mi-

rar por la portezuela hácia el rumbo de S. Lázaro.

Pero sus ojos no alcanzaron á ver á Nuñez.

El carruaje habia cruzado ya varias calles, y la infeliz solo vió á su derredor gentes indiferentes á su pena.